

Oscar Garretón, secretario general del MAPU:

“El problema no es pronunciarse por vías”

Entrevista por Pío García

Oscar Garretón, economista, coautor de un trabajo sobre *El proceso de decisiones en la gran industria chilena* que fue uno de los antecedentes para la política sobre el área de propiedad social durante el gobierno de Salvador Allende, política con la que se le identificó en su condición de subsecretario de Economía desde el inicio del gobierno hasta fines de 1972.

Integrante del sector rebelde de la Democracia Cristiana, fue uno de los fundadores del MAPU en 1969. Fue designado secretario general en el segundo congreso de su organización, poco antes de la división en que se originó el MAPU Obrero y Campesino, y ha sido confirmado en el cargo en las sucesivas ocasiones que desde entonces ha habido elecciones de comité central en su partido.

En marzo de 1973 fue electo diputado por la provincia de Concepción. Casado, tres hijas, tras el golpe de Estado fue sindicado por la Junta Militar como uno de los diez dirigentes más buscados de la izquierda, debiendo recurrir al asilo político para salir del país.



— Oscar, tú acabas de estar durante algún tiempo en Chile. Entiendo que además no es la primera vez que has entrado clandestinamente al país durante estos años de dictadura. ¿Qué ha significado para ti viajar a Chile en tales condiciones, cuál es tu experiencia como dirigente que ha realizado esta tarea?

— Diría que, en primer lugar, frente a la necesidad

de una izquierda que responda a la nueva realidad del país, significa adecuarse, aprender a funcionar en condiciones distintas. Ahora, al final, no es tan complicado; tiene sus complicaciones, son miedos que vencer, son realidades nuevas a las que acostumbrarse, cuando se ha aprendido a vivir fundamentalmente en condiciones de legalidad y democracia.

gaban un mes, les quitaban el televisor. Muchas de estas empresas no quitan las cosas por las buenas, sino con equipos de matones. Al final no se votó la huelga. El “consumismo” es una palabra muy abstracta, pero se expresa en situaciones como esa. No es que haya que despreciar a la gente porque com-

En cuanto a la experiencia concreta, creo que... Es un reencuentro con Chile, con sus raíces, que son las raíces populares, pero que también son las raíces de la tierra propia, y uno puede darse cuenta de la importancia que tienen, que en fin, esto de ser chileno no es un detalle de nuestra lucha. Segundo, puede acercarse más a la realidad, la sensibilidad, al estado de ánimo de la gente. Siendo muy valioso y muy rico lo que uno puede ver y pensar desde afuera, en base a las informaciones del país, inevitablemente adquiere una concreción mucho más real cuando se está con los compañeros que son *cabros* jóvenes de una población, dirigentes sindicales fregados con la crisis económica porque el patrón les está planteando que o la mitad de los trabajadores se van a la calle o se tienen que bajar el sueldo a la mitad, o se trabaja con los compañeros de dirección en las condiciones precarias que ellos lo hacen todos los días, condiciones de seguridad en las que si uno fuera riguroso no podría operar. Pero se trata de movilizar un pueblo que se mueve abiertamente, y la seguridad es para hacer política, no para dejar de hacerla. Significa, además, recoger un proceso de reflexión muy rico que hay adentro, que es tal vez lo que más trasciende hacia afuera del movimiento popular mismo, porque hay mayor espacio para la circulación de las ideas.

Pero hay otro aspecto: también se aporta. No se va sólo a aprender, y esta es una experiencia muy valiosa. A veces, en el exterior, uno tiene la impresión de que trabaja mucho y construye poco, que mientras se pone un ladrillo, la muralla se ha ido derrumbando. Estando en Chile, conversando no sólo con compañeros organizados políticamente, sino que en las casas, con personas que supieran o no quién era, se siente siempre que van quedando semillas muy concretas para el trabajo.

— *Tu actividad en el país, ¿se desarrolla sólo dentro de tu organización, con su dirección, con sus militantes, o en contactos más amplios con los frentes de trabajo mismos y la propia realidad popular?*

— El grueso es con compañeros de dirección. Pero también he tenido contacto con compañeros de frentes populares, del trabajo juvenil, del trabajo sindical. Además de direcciones en que, para entenderlo bien, hablar de niveles intermedios de un partido no es como antes, como durante el período de la Unidad Popular, cuando los dirigentes intermedios eran

prácticamente un nexo entre las masas y el gobierno popular, una especie de figuras políticas públicas. Ahora son en general compañeros que para poder desarrollar realmente su trabajo, están muy ligados a sus frentes concretos de actividad, que dominan al detalle sus condiciones. Estuve con gente de muchos sectores, y además, muy pocos, pero tuve contactos con compañeros de dirección de otras organizaciones de la izquierda.

— *¿Cuál es la reacción de los trabajadores, de la gente en general cuando se encuentra con un dirigente de la izquierda que está clandestinamente en el país?*

— En general, muy cálida, muy cariñosa, de alegría.

Quizás hace algún tiempo se hablaba mucho de que pudiera existir cierta reticencia sobre el exilio; tengo la impresión de que no hay tal. Me encontré por ejemplo con compañeros jóvenes de entre 16 y 18 años, de un sector popular, generaciones nuevas de la izquierda que han llegado a la conciencia socialista en condiciones que no tienen nada que ver con las que nosotros conocimos, para los que incluso el período de Allende es historia. Pero el sentido de unidad, de estar en lo mismo, de conversar, de intercambiar, de contar sus experiencias y al mismo tiempo escuchar otras, es muy grande. El sentido de pertenencia al movimiento popular chileno, con sus cambios, distinto ahora a lo que fue en el pasado pero también con una continuidad, es algo muy real.

No me he sentido extranjero, sino por el contrario, muy integrado.

— *Y en cuanto al efecto en los compañeros en Chile, en su propio ánimo, ¿te parece que tenga importancia?*

— Creo que sí. Tiene valor también en cuanto a la moral combativa de los compañeros, y esto no es tampoco un detalle. Ahora, no estoy por constituir una política testimonial en la clave de la política de la izquierda, ni estamos por descalificar, ni mucho menos, a quienes no pueden ir a Chile. Digo que es positivo, sin duda. En fin de cuentas, nuestro movimiento popular tiene una franja entera en el exterior, y no es una parte cualquiera: es una dirección histórica, mucho de su capacidad intelectual, que jugó y juega un papel importante.

— *Y en un plano personal, ¿cómo influye en un dirigente que regresa clandestinamente a Chile el miedo, el temor por la propia vida? ¿Y en las personas con que te encontraste?*

— El miedo siempre existe. Nuestro problema no es de super hombres, sino de vencer el miedo. Estoy

gaban un mes, les quitaban el televisor. Muchas de estas empresas no quitan las cosas por las buenas, sino con equipos de matones. Al final no se votó la huelga. El "consumismo" es una palabra muy abstracta, pero se expresa en situaciones como esa. No es que haya que despreciar a la gente porque com-

En cuanto a la experiencia concreta, creo que... Es un reencuentro con Chile, con sus raíces, que son las raíces populares, pero que también son las raíces de la tierra propia, y uno puede darse cuenta de la importancia que tienen, que en fin, esto de ser chileno no es un detalle de nuestra lucha. Segundo, puede acercarse más a la realidad, la sensibilidad, al estado de ánimo de la gente. Siendo muy valioso y muy rico lo que uno puede ver y pensar desde afuera, en base a las informaciones del país, inevitablemente adquiere una concreción mucho más real cuando se está con los compañeros que son *cabros* jóvenes de una población, dirigentes sindicales fregados con la crisis económica porque el patrón les está planteando que o la mitad de los trabajadores se van a la calle o se tienen que bajar el sueldo a la mitad, o se trabaja con los compañeros de dirección en las condiciones precarias que ellos lo hacen todos los días, condiciones de seguridad en las que si uno fuera riguroso no podría operar. Pero se trata de movilizar un pueblo que se mueve abiertamente, y la seguridad es para hacer política, no para dejar de hacerla. Significa, además, recoger un proceso de reflexión muy rico que hay adentro, que es tal vez lo que más trasciende hacia afuera del movimiento popular mismo, porque hay mayor espacio para la circulación de las ideas.

Pero hay otro aspecto: también se aporta. No se va sólo a aprender, y esta es una experiencia muy valiosa. A veces, en el exterior, uno tiene la impresión de que trabaja mucho y construye poco, que mientras se pone un ladrillo, la muralla se ha ido derrumbando. Estando en Chile, conversando no sólo con compañeros organizados políticamente, sino que en las casas, con personas que supieran o no quién era, se siente siempre que van quedando semillas muy concretas para el trabajo.

— *Tu actividad en el país, ¿se desarrolla sólo dentro de tu organización, con su dirección, con sus militantes, o en contactos más amplios con los frentes de trabajo mismos y la propia realidad popular?*

— El grueso es con compañeros de dirección. Pero también he tenido contacto con compañeros de frentes populares, del trabajo juvenil, del trabajo sindical. Además de direcciones en que, para entenderlo bien, hablar de niveles intermedios de un partido no es como antes, como durante el período de la Unidad Popular, cuando los dirigentes intermedios eran

prácticamente un nexo entre las masas y el gobierno popular, una especie de figuras políticas públicas. Ahora son en general compañeros que para poder desarrollar realmente su trabajo, están muy ligados a sus frentes concretos de actividad, que dominan al detalle sus condiciones. Estuve con gente de muchos sectores, y además, muy pocos, pero tuve contactos con compañeros de dirección de otras organizaciones de la izquierda.

— *¿Cuál es la reacción de los trabajadores, de la gente en general cuando se encuentra con un dirigente de la izquierda que está clandestinamente en el país?*

— En general, muy cálida, muy cariñosa, de alegría.

Quizás hace algún tiempo se hablaba mucho de que pudiera existir cierta reticencia sobre el exilio; tengo la impresión de que no hay tal. Me encontré por ejemplo con compañeros jóvenes de entre 16 y 18 años, de un sector popular, generaciones nuevas de la izquierda que han llegado a la conciencia socialista en condiciones que no tienen nada que ver con las que nosotros conocimos, para los que incluso el período de Allende es historia. Pero el sentido de unidad, de estar en lo mismo, de conversar, de intercambiar, de contar sus experiencias y al mismo tiempo escuchar otras, es muy grande. El sentido de pertenencia al movimiento popular chileno, con sus cambios, distinto ahora a lo que fue en el pasado pero también con una continuidad, es algo muy real.

No me he sentido extranjero, sino por el contrario, muy integrado.

— *Y en cuanto al efecto en los compañeros en Chile, en su propio ánimo, ¿te parece que tenga importancia?*

— Creo que sí. Tiene valor también en cuanto a la moral combativa de los compañeros, y esto no es tampoco un detalle. Ahora, no estoy por constituir una política testimonial en la clave de la política de la izquierda, ni estamos por descalificar, ni mucho menos, a quienes no pueden ir a Chile. Digo que es positivo, sin duda. En fin de cuentas, nuestro movimiento popular tiene una franja entera en el exterior, y no es una parte cualquiera: es una dirección histórica, mucho de su capacidad intelectual, que jugó y juega un papel importante.

— *Y en un plano personal, ¿cómo influye en un dirigente que regresa clandestinamente a Chile el miedo, el temor por la propia vida? ¿Y en las personas con que te encontraste?*

— El miedo siempre existe. Nuestro problema no es de super hombres, sino de vencer el miedo. Estoy

convencido, por mi propia experiencia y pensando en cuadros en Chile que son de un heroísmo increíble, que el problema no es no tener miedo, sino vencerlo. Ese es el problema de todos. Es como desde chicos, que uno tiene que ir venciendo un montón de miedos.

Ahora, en cuanto a la gente, la verdad es que en general no me tocó... salvo un caso, de un compañero al que le dio mucho susto; pero en general no había miedo, lo que había era alegría. Lo que había era incluso una actitud de protección.

Una anécdota, para señalar como opera el miedo en la realidad. Estaba en una reunión con un grupo de compañeros jóvenes, que entre otras cosas me contaban de peleas y salvadas que habían tenido en enfrentamientos con los *pacos* o la CNI, no por grandes operaciones, sino por sus rayados murales, sus *volanteos* en el metro, sus movilizaciones por derechos humanos, acciones bastante audaces, sobre las que está encima la represión; gentes que no eludían la represión no haciendo nada, sino que se enfrentaban con ella. Bueno, una de las preguntas que me hacía uno de esos *cabros* era *¿qué puedo hacer yo para no tener miedo?* Y era uno de los mismos *cabros* que pocos días antes había estado en un enfrentamiento con la CNI, e incluso a un tris de caer, porque se había quedado atrás para permitir que el resto de sus compañeros arrancara.

Se ha hablado muchas veces durante este tiempo de que el miedo va desapareciendo. Más que desaparecer, porque siempre existe miedo frente a una dictadura tan brutal, el miedo se va venciendo.

— *¿En razón de qué; qué lleva a la gente a reaccionar?*

— Cuestiones muy concretas, muy vitales, que normalmente no son las líneas políticas, sino mucho más del corazón: por sus hermanos, por poder expresarse, tener una *pega*, ser libres, poder amar, poder casarse, ser felices; todo lo que provoca los sentimientos de ahogo, de humillación y vejación que significa la dictadura.

Es un fenómeno muy vital, que acompaña a la situación económica. Cuando uno dice que en el país hay un 20% de cesantía, casi está mintiendo, porque no quiere decir que haya un 20% de personas que no hacen nada: es gente que está con un *pololito*, o está robando, o como en el caso de muchas mujeres, sobre todo jóvenes, se está dedicando a la prostitución; y están de alguna manera sobreviviendo, y tienen orgullo de su capacidad para sobrevivir, a pesar de una dictadura que los agrede día a día. Su reclamo no es sólo económico, sino por el fenómeno de ahogo que crea la dictadura. Al final, la dictadura es

una indignidad, una humillación, una *agachada de moño*, que se expresa de las maneras más concretas.

En la soberbia patronal, por ejemplo, que si un obrero va a pedir que cambien un vidrio que se quebró en el baño, el patrón responde que si no les gusta así, hagan una *vaca* y cómprenselo ustedes, y si no, miren hay otros diez mil obreros en la puerta; y el movimiento sindical tiene que luchar contra esa soberbia, para vencer el aplastamiento moral que la dictadura trata de provocar en la gente. Que se expresa en otros terrenos: maestros, por ejemplo, a los que por ser de izquierda les pagan la mitad; o la organización del soplónaje en instituciones y empresas.

Dentro de estas condiciones es que se ha ido desarrollando el movimiento sindical, se han dado luchas por terrenos, luchas tan simples como la lucha por la basura, por ejemplo; la gente va buscando su camino, incluso con métodos más radicales. Hay experiencias de barricadas en algunas calles, no para derrocar a la dictadura, no por el gran programa de gobierno, ni por el plan de vivienda de 100.000 casas, ni por las 40 hectáreas de riego básicas, no: por el problema de la basura, que es un problema dramático en muchas poblaciones de Santiago. Para entender el quehacer político, es importante entender que la pelea de la basura es política cuando puede ser un factor que una y venza las tendencias a la atomización que provoca la dictadura, cuando permite la movilización e ir reconstruyendo el tejido social.

— *¿Cuál es tu apreciación sobre el grado de rearticulación efectiva del movimiento obrero, del movimiento popular en general?*

— Dos apreciaciones. La primera, es que desde el golpe en adelante, año a año, cada año ha habido avances, ya sea del movimiento sindical, poblacional, o de mujeres, por ejemplo. La segunda es, sin embargo, que queda mucho por extender, por organizar, por solidarizar y coordinar; y sobre todo, queda mucho en cuanto a encontrar caminos para que el movimiento social logre salir del zapato chino en que la dictadura ha pretendido meterlo con su institucionalidad y sus políticas.

Cuando digo con sus políticas, me refiero por ejemplo al Plan Laboral, meticulosamente pensado para que el movimiento sindical no tenga fuerza. Pero estoy pensando también en cuestiones más simples. Un ejemplo de esto: en un sindicato muy combativo estaban por votar la huelga, y en el momento mismo de la votación se levanta una compañera y pregunta *¿qué vamos a hacer con "El Pie Chiquito"?* Ocorre que todos se habían metido en la compra de un televisor en "El Pie Chiquito", y les hacían descuentos por planilla mes a mes: si no pa-

pra, ojalá en la sociedad del futuro seamos capaces de asegurar un alto nivel de consumo a cada trabajador. Pero son realidades que enfrenta el movimiento que a pesar de eso se extiende, y esa gente luchará de otras maneras; en muchas partes se discute si la huelga es el mejor instrumento de lucha en las condiciones que es hoy posible.

Incluso en cuanto a toda esta discusión absurda de la izquierda sobre formas de lucha. Para nosotros el problema fundamental no es pronunciarse por vías, es un problema que sigue no siendo ferroviario, sino fundamentalmente el de cómo vamos construyendo el movimiento democrático y popular que tiene que ser el sujeto y protagonista del derrocamiento de la dictadura, sin el cual no se va a derrocar la dictadura ni va a haber tampoco un proceso de democratización como el que queremos en el futuro.

— *¿Cómo concibes esa construcción de un movimiento democrático y popular?*

— Nosotros creemos que ese es el desafío en el que se va a jugar la izquierda, la convergencia socialista, los procesos unitarios a nivel de partidos políticos, incluso su propia razón de ser ante el pueblo. Creemos que hay que derrocar a la dictadura mediante un proceso insurreccional, en una estrategia integral de lucha. Pero nuestra reflexión principal, que pensamos debe ser también la de la izquierda, incluso la del exilio, es como ir fortaleciendo y desarrollando la capacidad de iniciativa del movimiento democrático popular.

No hablo sólo de lo social y de masas, sino que de esa realidad que existió en Chile, donde a través de decenios se fue construyendo una fuerza que era de masas, pero que también era ideológica, política, y fue avanzando, arrinconando a la burguesía; fuerza a la que hoy día hay que agregar la capacidad de ruptura, frente a un régimen que se propone permanecer mientras se le permita y que ha señalado que no está dispuesto a respetar la voluntad popular. Este es el problema en que nos debemos centrar. Por eso, nosotros pensamos que en el proceso unitario de la izquierda, más que discutir sobre el desenlace, debemos discutir cómo crear coordinadoras de organizaciones democráticas, cómo desarrollar comités unitarios de base, cómo tener presencia en los debates que hoy día preocupan al país, aunque no sean temas sobre el socialismo...: qué decimos sobre la privatización del cobre, sobre la devaluación, que

son problemas nacionales, y que conciernen a la construcción del movimiento popular hoy día.

— *En esta perspectiva necesaria de reconstrucción del movimiento democrático popular, en las circunstancias de la dictadura, ¿cómo se replantea la relación de los partidos, de la conducción político partidaria, con el propio desenvolvimiento social?*

— Las condiciones han cambiado bien radicalmente. No es que la función de un partido sea negociar; no ha sido nunca, ni antes de la dictadura, a pesar que antes los partidos tenían un papel negociador que hoy no pueden jugar. No creo que el papel de un partido que luchaba por el socialismo, por la revolución, debiera ser ese, pero indudablemente en el pasado existía una relación en que los partidos intermediaban muchas de las reivindicaciones de las masas, como parte de la lucha de copamiento, de avance en la sociedad. Ese papel, hoy día obviamente no existe.

Pero en segundo lugar, el movimiento social, por razones muy concretas más que por la reflexión de la izquierda, ha ganado autonomía respecto a los partidos. Ha ganado autonomía porque los partidos no tienen el espacio que tenían antes para moverse, porque a dirigentes y cuadros sindicales, poblacionales o en general, se les hace cuesta arriba ligarse con los partidos, porque tiene represalias; y también porque hay una crítica a la realidad de los partidos. Mal que mal, así como nosotros nos hacemos nuestra auto-crítica por la derrota, también la masa ha sacado sus conclusiones, y hay también críticas justas a los partidos, aparte de la campaña sistemática de la dictadura por desprestigiar al movimiento popular, sus dirigentes y su historia.

Todo ese fenómeno ha ido acompañado por un proceso de renovación de la izquierda respecto de su concepción sobre la relación entre partido y movimiento de masas. El respeto a la autonomía del movimiento, de entender que el partido es una de las expresiones del movimiento popular y democrático que tiene otros aspectos, es una cuestión fundamental. El movimiento mismo rechaza otro entendimiento. En las organizaciones sindicales, si una estructura nacional o un dirigente más tradicional pretende imponer una determinada línea de conducta, la gente lo rechaza, aunque sea de un mismo partido. Mucho de los problemas de las organi-

SENCILLA

“En cuatro años he hecho —como ministra de Justicia— más que lo que se había hecho en 170 años de historia.”

Mónica Madariaga, a *El Mercurio*; según *Hoy* núm. 235, Santiago de Chile, 20 al 26 de enero de 1982.

zaciones nacionales para movilizar a la masa, sea el movimiento sindical u otros, tiene que ver con esto. La fuerza de un sindicato está hoy muy directamente ligada a la relación entre dirigentes y base, a la existencia de un sindicato vivo. La dirección no opera con un cheque en blanco, porque los trabajadores en un conflicto se están jugando la *pega*, y en Chile no hay *pegas*. Hay una relación nueva. Y lamentablemente por fallas nuestras todavía, como movimiento popular, de entender más cabalmente esa realidad, momentos importantes de movilización, como podría haber sido el Pliego Nacional, no han tenido el resultado debido.

— *¿Qué papel juegan organismos como la Coordinadora Nacional Sindical en esta reestructuración del movimiento obrero?*

— Nosotros valoramos la Coordinadora Nacional Sindical, y estamos dispuestos a contribuir a su fortalecimiento, entendiendo que en parte está dado por su propia capacidad para ligarse estrecha y democráticamente con la base obrera. Entiendo perfectamente que la constitución de una organización nacional sindical hace algunos años atrás, no podía ser de una generación lineal de base a dirección; pero la fortaleza de la CNS estará dada por su capacidad para ligarse real y profundamente a la masa trabajadora, a su sensibilidad, y para expresar sus problemas y posibilidades de movilización concreta.

— *Desde el movimiento sindical, de la CNS y su mismo presidente Manuel Bustos, han surgido planteamientos muy claros de virtual reclamo a los partidos políticos, demandando que asuman sus responsabilidades propias.*

— Nosotros entendemos que la primera responsabilidad de las fuerzas políticas hoy día en Chile es precisamente activar, reconstruir el movimiento democrático popular. Eso no significa que cada compañero esté simplemente sumido en un frente. En un sindicato, por ejemplo, hay cosas que en la propia lucha de los trabajadores de esa fábrica hace el conjunto del movimiento sindical. Pero hay cosas que no hace, y que hacen los cuadros más politizados, más dispuestos a jugarse, cuyo trabajo organizado apoya al movimiento sindical: que sacan un periódico clandestino, realizan agitación y volanteos en la fábrica, y que a lo mejor mañana pueden hacer otro tipo de cosas.

Eso lo entendemos como fuerza política, en el sentido no sólo de los partidos, sino que de esa enorme franja que existe en Chile de cuadros politizados conscientes. Lo que nos preocupa a nosotros particularmente es que este sector se ligue con las realidades de la masa. Uno de los problemas que se ha dado en muchas partes, es que los cuadros más avanzados terminan organizándose y actuando para ellos mis-

mos, con una cierta distancia del grueso de la masa. Esto tampoco quiere decir que valoremos sólo la acción de base, aún siendo muy decisiva. También hace parte de la responsabilidad de construir movimiento lo que decía sobre participación en el debate nacional, la reconstrucción política de la izquierda y dentro de ello, muy particularmente, la cuestión de la convergencia socialista.

Más allá del problema de una nueva fuerza socialista en Chile, dentro del espectro de fuerzas políticas, ideológicas y sociales de oposición, uno de los problemas más graves del movimiento es la falta de perfil, de organicidad, la dispersión de todo el amplio arco socialista comprendido por el tronco histórico, las vertientes de origen cristiano y otras. Eso es lo más grave, y limita el conjunto del movimiento.

— *Oscar, siempre sobre el papel de organizaciones como la CNS y su articulación con las direcciones político partidarias, ¿a qué se debe la falta de reacción, tanto del propio movimiento obrero como de los partidos y las acciones de solidaridad ante la prisión de los principales dirigentes de la Coordinadora?*

— Tiene que ver con problemas como los señalados. La dificultad para tener un movimiento sindical fundido con las masas trabajadoras, con un sentido muy democrático de su participación. Hubo un acuerdo para que el Pliego fuera discutido en cada federación y en cada sindicato; ese proceso no se cumplió realmente, y esta es una de las causas de los problemas tenidos. Creemos también, respecto a la forma que los partidos entienden la participación en el movimiento sindical, que pugnas entre algunos partidos que en el pasado se dieron en la dirección de la CNS, no ayudan para nada a fortalecer el movimiento sindical.

Nosotros creemos que la fuerza del movimiento sindical depende de la capacidad de los partidos para expresar el movimiento, no para controlarlo. El partido que sea capaz de ser un partido del movimiento, de la construcción del movimiento, y de esa fuerza capaz de derrocar a la dictadura, será el partido que se construya una legitimidad sólida.

— *En concreto, a partir del apresamiento de los dirigentes de la CNS, ¿qué se ha hecho por el replanteamiento y la afirmación de esa condensación de reivindicaciones que fue el Pliego? ¿Cómo se expresa en concreto la solidaridad con los dirigentes apresados por haber representado ese Pliego?*

— Si me preguntas la opinión nuestra, es que el Pliego era bueno, probablemente expresaba mucho de las reivindicaciones obreras. El problema es que no basta con eso. No basta con tener buena imaginación, y buen ojo para detectar los problemas. Es necesario que la masa se comprometa, y se compromete hoy día con las cuestiones que discute, que cree que puede pelear, que son opciones reales. Después

de la caída de los dirigentes sindicales, la verdad es que no ha habido una continuidad de lucha por el Pliego. Mañana habrá otro pliego: no tenemos la menor duda. El camino de avance del movimiento sindical es su extensión y fortalecimiento en la base, el desarrollo de federaciones realmente encarnadas en sindicatos, el afianzamiento de contactos territoriales. Nuestro planteamiento es que hay que fortalecer la CNS, y esto implica un sindicalismo más autónomo, más profundamente democrático, muy ligado a sus bases, todas cuestiones en las que de hecho ha habido fallas.

— *Y en esta lucha por la reconstrucción del movimiento popular, ¿cómo inciden a tu juicio las diferencias en la izquierda, que tienden a asimilarse a dos líneas gruesas, una más inclinada a formas de confrontación inmediata con la dictadura y otra a una valoración mayor del desarrollo del propio movimiento social, para proseguir con otras modalidades de lucha como expresión de ese desarrollo?*

— Creo que es importante que dentro de los intentos unitarios iniciales, haya habido algunas coincidencias; pero efectivamente, no existe una absoluta identidad. En la práctica, no es idéntica la forma en que se está apeando cada uno de los partidos en la realidad del país.

Nosotros no queremos caer en la discusión sobre las vías. No creemos en un proceso de apertura progresiva impulsada por la dictadura: creemos que hay que derrocarla, con todas las consecuencias que esto tiene respecto a nuestra política del pasado, que no era para derrocar un régimen sino para llegar a un gobierno, lo que marca una diferencia en los caminos de lucha. Pero al mismo tiempo estamos convencidos que es un error pretender que la lucha armada sea una varita mágica en la realidad del país.

No creemos que, en Chile al menos, una vanguardia por abnegada y heroica que sea vaya a ser el factor detonante y remolcador del conjunto del movimiento. Se requiere que el movimiento sea el protagonista; eludir la situación del movimiento, pretender resolverla por la vía de la acción de una vanguardia, no es una solución.

Entendemos que al respecto hay diferencias de visión. Nos preocupa que por una reflexión justa sobre el papel de la violencia, la izquierda olvide su intuición histórica de trabajar por la construcción del movimiento, para pensar que lo va a resolver por la vía de la violencia.

— *¿Cómo influye en estas diferencias de visión a que tú aludes la relación con la democracia cristiana, y las expectativas que se cifren en fuerzas de oposición burguesa?*

— Así como creo que hay cierta visión errada en cuanto a que eludiendo el problema del movimiento y lanzándose por la vía de la violencia se puede resolver la situación en Chile, también pienso que en el movimiento popular chileno han existido ilusiones en aperturas, que han condicionado una determinada visión de la propia construcción del movimiento, como un movimiento de ideas ligado al progresivo desarrollo social que algún día llegaría a derrocar a la dictadura.

Nosotros entendemos que la DC ha percibido mucho de esto. Y los llamados a lo que se define como “izquierda democrática”, y más recientemente lo que Zaldívar ha planteado como la necesidad de alianza entre la DC y un “socialismo a la europea”, apuntan a eso.



Con la DC no hay acuerdo sobre esta definición gruesa que han hecho todos los partidos de la izquierda respecto al derrocamiento de la dictadura. Nosotros entendemos que la alianza con la DC, que queremos, no pasa por frentes políticos, y es bueno que la izquierda haya dejado de majadear con el frente antifascista como cuestión fundamental de su política, sino por ir buscando, en los distintos lugares, formas de concertación y avance contra la dictadura; creemos que, en la práctica, esa alianza se irá dando, más allá de las diferencias, incluso más allá de la polémica que se mantenga. Hay posibilidades

de acuerdos, campos y espacios de trabajo común.

Frente al proyecto de la DC, de desgajar parte de la izquierda, pensamos que tiene pocas posibilidades. Sabemos que en la izquierda hay gente que puede sentirse tentada con la idea del “socialismo a la europea” y de constituir con la DC una balanza para una democracia con acuerdo de alternancia entre ambas fuerzas, pero no creemos que la DC logre su propósito. Nos parece que esa no es una política adecuada para la izquierda, independientemente de que se pueda llegar a un proceso de democratización con acuerdo completo sobre las futuras formas políticas y constitucionales.

Entiendo que hay una polémica que ha suscitado la Declaración de unidad de la izquierda, que no es por la declaración, sino por cómo se entiende la relación de las fuerzas socialistas con la izquierda y la DC. Nosotros siempre hemos tenido una política de unidad de la izquierda dentro de su diversidad, de una izquierda que es plural y que lo seguirá siendo durante mucho tiempo, si es que no siempre.

— *En fin Oscar, te has referido antes a la convergencia socialista. ¿Cómo concibe el MAPU la convergencia socialista, qué significado se le atribuye, qué modos concretos de constitución se visualizan?*

— Todo parte de una reflexión que se ha ido afinando: entendemos que mucho de lo que fueron las expresiones políticas de determinadas maneras de entender el socialismo en Chile, se justificaron en su tiempo pero ya no tienen justificación. Es necesario repensar y recomponer la izquierda chilena. Recoger todo lo bueno del pasado, autocriticarse, acoger las nuevas generaciones de combatientes, ser capaces sobre todo de incorporar todas las vertientes del socialismo con un sello democrático, nacional y popular; que en Chile, en el pasado, expresó fundamentalmente el tronco histórico socialista, y que hoy día tiene en él un componente muy vital, pero también hay vertientes cristianas y otras muy significativas.

El proceso de convergencia socialista, que de ninguna manera es contradictorio con la unidad más amplia de todo el pueblo, es para construir en el futuro una nueva fuerza política socialista. Pero es hoy día algo más que eso, y también se expresa en el proceso de convergencia hoy lo que decía sobre el movimiento antes: la más grande debilidad del movimiento democrático popular es la dispersión, falta de perfil y de contribución a la lucha del espacio socialista. La convergencia debe transformarse en un motor fundamental del conjunto del movimiento popular. Para eso debemos unir esfuerzos en el nivel social, en la acción ideológica, y en el trabajo conjunto de los partidos. No una convergencia para nosotros mismos, para resolver los problemas internos, o las debilidades y limitaciones de nuestros partidos, sino para ser motores del conjunto del movimiento

popular. Nosotros, en nuestro pleno, hablamos de una convergencia para la lucha popular, construida en la lucha popular, de una convergencia que se va gestando en la construcción de ese movimiento popular.

Con ese sentido se crea el secretariado de convergencia en Chile, que hemos constituido con la IC y el MAPU OC...

— *¿Cómo! Una instancia orgánica de convergencia socialista sin los socialistas...*

— Desgraciadamente, a pesar de las tentativas que hemos hecho con el socialismo histórico, todavía, más allá de expresiones de simpatía, no hemos logrado una incorporación más plena.

La verdad es que si este secretariado de convergencia socialista en Chile tiene esa realidad, objetivamente limitada, no ha sido por falta de voluntad nuestra para una presencia activa de los socialistas. Será un salto decisivo si hay un acuerdo formal, continuo, sistemático, de trabajo con el socialismo histórico. Creemos que el tronco histórico socialista juega un papel decisivo en el país, que todo ese espacio socialista es muy vital, y que mientras expresiones suyas no participen en el proceso de convergencia, la acción de otros resultará muy ajena al conjunto de la base socialista. No sólo estamos porque participen, sino porque lo hagan de modo destacado...

— *La propia división actual del Partido Socialista, ¿te parece un factor que favorece el planteamiento de una nueva fuerza socialista o que obstruye su desarrollo?*

— Diría que tiene algo de las dos cosas. En términos de dificultades: muchas. Las divisiones internas del PS nos han creado problemas; con la propuesta de convergencia, inevitablemente nos hemos comprado algunos pleitos de la discusión socialista. También por un problema muy profundo en el socialismo histórico. En el pasado, el PS fue un partido tan grande, tan gravitante en la realidad del país, que mucha gente no salía del partido para hacer política; la política se hacía dentro del partido: política de masas, de tendencias, para ganar una dirección. Eso hace que la crisis socialista dificulte la visión de una convergencia más amplia que el viejo tronco histórico, produciendo una preocupación exclusiva por la reunificación de su partido. Digo exclusiva, porque esa preocupación es legítima; pero nuestra conclusión es que el problema del espacio socialista hoy día no es la refundación del PS histórico, sino la creación de una nueva fuerza socialista, capaz de recoger otras vertientes del socialismo, de renovar su proyecto a partir de la autocrítica de sus concepciones y su práctica del pasado, de adecuar su estrategia a las condiciones de lucha de una dictadura, de expresar la realidad socialista del país que también ha venido cambiando...

— *¿Qué quiere decir “realidad socialista del país”?*
 — Quiero decir la gran masa que se define por un proyecto anticapitalista, socialista, que ha venido cambiando: sellos que no estaban tan claros en el pasado, como el sello democrático nacional, popular y no sólo obrero, hoy están mucho más presentes. Hay, con mucho más peso que en el pasado, nuevos combatientes por el socialismo que provienen de una vertiente cristiana; que no están articulados con partidos, que se expresan en comunidades de base y en movilizaciones de las más significativas que ha habido durante el último tiempo en Chile, y que son socialistas. Realidades que hay que expresar si queremos ser lo que en el pasado expresó el PS, o sea, ser el referente político de un gran movimiento social socialista en el país.

Entonces, hay dificultades. ¿Qué se podría decir que facilita la división del PS? Que de alguna manera la crisis es, por sí misma, una puesta en cuestión de lo que fue el viejo PS. Con todo lo de complejo que tienen los procesos concretos, que después siempre habrá quién los teorice y explique brillantemente, pero que son bastante más enredados, de una combinación de racionalidades pero también de pasiones; al final, la escisión del PS puso en cuestión lo que era su realidad. Incluso el diálogo entre un MAPU, con sus dimensiones, y el enorme PS del pasado, es distinto ahora; facilita incluso la disposición de los compañeros a buscar caminos para superar la crisis.

— *En el MAPU ha existido la idea que el PS representaba una fuerza indispensable para el desarrollo de la revolución chilena, y que era sin embargo un cuerpo que requería de una capacidad dirigente que podía ser ofrecida por otra organización...*

— Si, esa idea existió en el MAPU, pero hay que decir que antes del golpe, para que no se crea que es una reflexión de hace poco. Nosotros no pensamos eso, porque también tenemos otra visión de la relación del partido con el movimiento. Entendemos que el problema hoy día en Chile no es el de un pueblo que está allí y requiere una vanguardia lúcida, sino que parte del problema de la reconstrucción del movimiento es la reconstrucción del partido que sea capaz de expresarlo políticamente. El socialismo chileno es algo más que el PS, o que el arco de partidos

que se definen como socialistas; es un movimiento social. Mientras el proyecto socialista sea por el contrario un proyecto sólo partidario, no lo tendremos transformado en realidad en el país. No tenemos ningún sentido vanguardista respecto a la convergencia. Creemos que hay una responsabilidad grande de los socialistas. Si consideramos su realidad cuantitativa, su incidencia histórica, deberían ser los más responsables del proceso de convergencia. Nosotros hacemos la contribución que podemos. También tenemos un sentido muy autocrítico de nuestra calidad. Cuando en 1978 nos planteamos *todo por el movimiento*, y el partido se volcó a ello, comprendimos todas nuestras limitaciones, lo de esquemático y libresco de muchos de nuestros planteamientos y creo que ganamos en flexibilidad, en comprensión de la realidad, y en humildad.

— *¿Qué referentes, qué puntos de identidad, puede adquirir entonces este proceso de confluencia de fuerzas socialistas de distinta tradición partidaria?*

— Hay elementos de proyecto político y de estrategia que son muy fundamentales, pero hay que colocar el acento en que las fuerzas socialistas sean las fuerzas por excelencia del movimiento democrático y popular. En la historia del PS, mucho de sus virtudes —para no hablar de sus defectos, que los socialistas conocen mejor que yo—, fue haber sido capaz de expresar el movimiento de un pueblo que iba reclamando el socialismo como una opción ante una realidad que lo ahogaba, y que deseaba cambiar. Se tradujo también en las debilidades que sus militantes siempre señalan: heterogeneidad, dificultades y luchas internas, indisciplina...

— *Pero estos elementos son consustanciales a la reconstitución de una fuerza política expresiva de un movimiento social amplio...*

— Evidente...

— *¿Cómo se resuelve entonces la conformación orgánica de una fuerza política en seno de esa divergencia que entraña una representación amplia?*

— Nuestra conclusión es que, si queremos que sea el pueblo el protagonista fundamental, que lo es, quieran o no los partidos, hay que buscarlo en primer lugar en la propia realidad del movimiento. En Chile, si se conversa por ejemplo con un grupo de jóvenes,

CORRECTO (POR AHORA)

“... ‘debido a que el régimen militar implantó el toque de queda, la población carece de vida nocturna y los espectáculos de este tipo son transmitidos por la TV’. Y agregó: ‘Ver artistas casi desnudas es casi normal para ellos, pero yo no estoy dispuesta a encuermarme en ese país tan pequeño, prefiero hacerlo en México, que es algo así como el Hollywood de Latinoamérica.’”

Cantante Gloria Mayo, quién actuó en Chile, en declaraciones a *El Heraldo* a su regreso a México; según *Hoy* núm. 228, Santiago de Chile, 2 al 8 de diciembre de 1981.

dirán que están claros en que a la dictadura hay que botarla, y que en tal zona de Santiago o de Valparaíso, son ellos quienes la botarán; esto significa una determinada concepción estratégica sobre la ruptura con la dictadura. En su práctica, ven el socialismo como una opción para sus reclamos más concretos de una sociedad más libre, de más posibilidades, más feliz. El problema es expresar todo esto en un proyecto, cómo ser expresión de un bloque popular y no sólo de la clase obrera, si queremos un socialismo sólido, porque si es sólo de la clase obrera va a ser bien precario, y por cierto no va a ser democrático, porque habría que imponérselo al resto del país.

— *La perspectiva de la convergencia plantea también desafíos en cuanto a la preservación o superación de las fuerzas partidarias orgánicamente constituidas. Entiendo que este problema, justamente, ha estado en la base de la renuncia al MAPU de algunos militantes en Chile...*

— Efectivamente es así. Lo lamentamos hartito. No vamos a salir — como suele ocurrir en la izquierda chilena — con que esto nos fortalece, nos depura, etcétera. Por el contrario. Esos compañeros forman parte del espacio socialista al que queremos dar expresión y esperamos que en el desarrollo del proceso nos reencontraremos con ellos.

Ahora, el hecho no nos sorprendió. Ha habido con ellos una discusión antigua, en la que sus posiciones fueron minoría, no obstante lo cual siempre hubo preocupación porque pudieran expresar sus opiniones e incluso su disidencia. Se les ofreció responsabilidades en las instancias de más alto nivel; no las aceptaron porque no tenían una voluntad clara de asumirlas. ¿Cuáles son los problemas políticos más de fondo? Uno, la valoración de la fuerza política; y otro, la valoración de la lucha popular como factor fundamental de convergencia. Nosotros creemos que el movimiento ideológico, la renovación de las ideas, juega un papel muy importante, pero no el papel rector. Estamos convencidos que la disposición de las fuerzas políticas para impulsar el proceso de convergencia, ayuda a la convergencia. Posiblemente si los partidos no somos capaces de aportar la convergencia, del propio movimiento se generará algún día una nueva fuerza socialista. Pero entendemos que sería mucho más largo y costoso, y que los partidos juegan un papel.

Han planteado también desacuerdos en otros planos, como por ejemplo, frente a la declaración de México. Nosotros no entendemos el proceso de convergencia como antagónico a la unidad de la izquierda; por el contrario, entendemos que la convergencia es fundamental para plasmar esa unidad.

— *¿Y qué apreciación hay en el MAPU sobre la actitud de los distintos sectores socialistas frente a la convergencia?*

— Nos parece que hay disposiciones distintas. Hemos tenido una relación con altos y bajos con la gente de Almeyda; diría que en el exterior ha sido más de bajos, y en el interior más de altibajos. Entendemos, hasta ahora, que existe en ellos una voluntad de relación, y esperamos que evolucione positivamente. En el caso del PS XXIV Congreso, en general, ha habido expresiones de mayor simpatía y voluntad de participar; se han dificultado, se me ocurre, por la discusión interna: así como en todos los partidos, incluyendo el nuestro, la voluntad convergente no es idéntica en todos los cuadros. Nos gustaría mucho que, más allá de las palabras, hubiera una disposición más activa.

— *¿Qué significado le atribuyes en este sentido a la llamada declaración de París?*

— Nos parece un hecho político positivo. Sabemos que en la discusión interna del PS XXIV Congreso ha habido planteamientos que la consideran antagónica a la declaración de México. Nosotros no lo entendemos así, sino como un paso positivo de convergencia; el proceso “a ocho” es otra cosa diferente: un acuerdo en la perspectiva de la unidad de la izquierda.

No vemos elementos de contradicción. A lo mejor si analizamos minuciosamente los textos, podemos encontrar discrepancias, énfasis distintos. Pero nosotros hablamos sobre todo de hechos políticos, y entendemos que los temas que podemos tratar en la convergencia son de distinta envergadura que los que podemos tratar para una declaración entre los ocho partidos.

— *En el esfuerzo por la convergencia y la renovación del socialismo chileno están presentes las apreciaciones sobre el “socialismo real”. En este sentido, ¿cuál es tu opinión sobre la situación actual en Polonia?*

— Creemos que merece una opinión. Nuestra comisión política emitió una declaración. Nosotros rechazamos claramente las medidas militares y de fuerza con que se ha pretendido hacer abortar el proceso de renovación y democratización socialista que emerge de la sociedad polaca e incluso del propio partido. Lo decimos, porque hay voces que plantean que sostenerlo es hacer el juego al enemigo, que es un mal menor, o que es preferible guardar un cauto silencio. Pensamos que lo que hace el juego al enemigo no es rechazar lo injustificable, sino lo que ha pasado en Polonia. El socialismo no se promueve ofreciéndole al pueblo “males menores” como perspectiva para el futuro. Y creemos que el silencio se hace bastante elocuente, cuando el problema de Polonia está siendo discutido en todo el mundo y por nuestro pueblo en Chile.

La construcción de una nueva fuerza socialista y de un movimiento popular democrático y socialista, supone esta opinión. ❧

América Latina

Balance de un año

Tihui Gutiérrez

Una revisión de los principales acontecimientos en América Latina durante el año recién pasado, no permite conclusiones mucho más alentadoras que las de sucesivos balances anteriores. El panorama regional aparece dominado por problemas serios y agudos conflictos que no logran superarse. Los males del retraso, la pobreza, las desigualdades sociales abismantes y la represión política que han aquejado a millones de hombres y mujeres que pueblan la mayoría de los países del área no sólo persisten, sino incluso en ciertos casos han tendido a agravarse.

En tal escenario, el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua se ha erigido en el suceso de mayor trascendencia para la renovación de las esperanzas populares en los últimos años. Ciertamente, también pueden observarse otros hechos favorables a la lucha por la democracia, la justicia y la transformación de nuestras realidades, pero sus alcances son todavía parciales y no introducen cambios de fondo en el cuadro general caracterizado por el predominio de los tonos más sombríos.

Cualquier análisis relativo al conjunto de la economía regional —así como sobre otros dominios de la realidad de América Latina— está expuesto a las reservas derivadas de las múltiples y diferentes manifestaciones que los distintos fenómenos asumen en cada una de las situaciones nacionales. Más aún, desde la década que acaba de transcurrir, emergieron dificultades adicionales para la elaboración de tipologías que sean capaces de reflejar rasgos y orientaciones económicas compartidas por los países de la región o, al menos, la mayor parte de ellos. Así por ejemplo, en lo concerniente al patrón de desarrollo actual, las experiencias prácticas no podrían inscribirse dentro de un mismo esquema, de dirección y caracteres semejantes. Mientras algunas economías mantienen el curso conocido de la industrialización sustitutiva, basada en el mercado interno y la activa participación estatal, existen los casos en que se implantan políticas neoconservadoras encaminadas a provocar la recomposición del apa-

rato productivo local a partir de la sustitución del mercado doméstico por la demanda externa como factor dinámico del crecimiento, al mismo tiempo que se redefine drásticamente el papel del sector público en el sistema económico y social. Junto a los anteriores, se cuentan los procesos de transformación revolucionaria de las relaciones sociales básicas, así como aquellos países en que el agotamiento del modelo anterior no ha cedido el paso a un proyecto distinto claramente definido.

A las restricciones mencionadas habría que añadir el peso decisivo que en las estadísticas sobre América Latina tienen las naciones de mayor tamaño relativo, y la disparidad de situaciones específicas que quedan encubiertas por la utilización de cifras promedio calculadas para el área en su totalidad.

Con todo, una mirada de conjunto permite constatar ciertas tendencias que han tocado al común de las realidades particulares, aunque deba ser complementada con las calificaciones nacionales que las circunstancias reclamen.

Crisis y especulación

Si se repasan los indicadores de diversa índole relativos al comportamiento de la economía latinoamericana en 1981, sólo cabe reconocer que las expresiones de crisis son numerosas. El ritmo de expansión productiva alcanzó el 1.2%, significativamente inferior al de 1980 y a la tasa de crecimiento de la población. Se trata del valor más bajo desde 1945. El déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos fue cercano a los 34 mil millones de dólares, mientras que el endeudamiento externo trepó hasta los 240 mil millones de dólares, cifra cuatro veces superior a la de 1977. El secular problema de desempleo y subempleo afectó al equivalente del 30% de la población económicamente activa y hay indicios de que las magnitudes pueden seguir incrementándose.

Detrás de dichos guarismos se encuentran evoluciones nacionales diferentes, si bien la pérdida de dinamismo prácticamente no tuvo excepciones. Desde luego, la economía del El Salvador registró una fuerte contracción, pero las situaciones críticas con mayores efectos depresivos

Tihui Gutiérrez, mexicana, economista en el Instituto de América Latina del CIDE.

en el promedio regional se presentaron en Argentina y Brasil, cuyos niveles de actividad económica experimentaron disminuciones de 6 y del 3% respectivamente, explicadas en gran medida por el descenso de la producción industrial, que en el primero de los países fue del 15%.

Otros países mostraron tasas de crecimiento productivo positivas pero por debajo de las de años precedentes y, en varios de ellos, los factores recesivos se hicieron sentir especialmente en los meses finales de 1981.

Las causas básicas del fenómeno son variadas y pueden ubicarse en el orden interno: desarticulación de los circuitos económicos debido al enfrentamiento político abierto en contra del gobierno dictatorial y la intervención foránea, como sucede en el territorio salvadoreño; puesta en práctica del proyecto neomonetarista de estabilización y de apertura indiscriminada a la economía internacional, que es lo ocurrido en Argentina, Chile y Uruguay, aunque con modalidades y cadencias dispares; desajustes y estrangulamientos en la acumulación interna y en las relaciones con el resto del mundo, generados por la estrategia de crecimiento prevaleciente, de lo cual es exponente Brasil; adopción de políticas restrictivas del gasto público y de la demanda agregada promovidas por el Fondo Monetario Internacional. En fin, cabría proponer diagnósticos precisos distintos en la medida que el análisis se adentre en cada una de las realidades singulares del subcontinente.

Sin embargo, debe llamarse la atención sobre un hecho peculiar por sus dimensiones y grado de extensión en el área: la acelerada dilatación de los sistemas financieros, el aumento de sus ganancias y el desarrollo intenso de las actividades especulativas, que contrasta con el deterioro de la esfera propiamente productiva.

Gastos: restricciones y expansión

La exteriorización de las crisis propias de los diversos países de América Latina se ha visto agudizada por las repercusiones de la recesión mundial. La disminución de la demanda, la proliferación del proteccionismo y la elevación de las tasas de interés en las economías industrializadas, asociadas a la caída del comercio internacional, las dificultades financieras y la carencia de un sistema monetario mundial medianamente estable, se adicionan como factores adversos para la marcha de la economía regional.

En pocas palabras, podría sostenerse que nuestras economías dejaron en evidencia los obstáculos, las desproporciones estructurales y las vulnerabilidades inherentes a su condición de países capitalistas subdesarrollados y dependientes. Las deficiencias en el comportamiento reciente de las variables estrictamente económicas se enmarcan dentro de una modalidad de desarrollo cuyas distorsiones sociales son seculares y tienden a hacerse más pronunciadas: concentración de la riqueza y el ingreso; extranjerización; y marginación de vastos sectores de la población de los beneficios del crecimiento. Sólo a modo de ilustración, es conveniente recordar que, según datos últimos, el 10% de las familias latinoamericanas percibe el 44% del ingreso total, en tanto que el 40% no participa de más del 8%, lo cual significa que alrededor del 110 millones de personas no cuenta con renta suficiente para atender sus necesidades esenciales.

En tales circunstancias, las medidas de reducción de los gastos fiscales destinados a suministrar servicios sociales indispensables como salud, transporte colectivo, educación, vivienda popular y a financiar subsidios a los bienes de consumo

masivo, tornan aún más dramáticas las condiciones de miseria de los estratos mayoritarios de la población.

Estas políticas son adoptadas cada vez con mayor frecuencia por los gobiernos latinoamericanos bajo el argumento de que representan el único medio eficaz para controlar las presiones inflacionarias. Empero, paralelamente, expanden con prodigalidad los recursos públicos aplicados a la compra de armamentos y al ensanchamiento de los mecanismos represivos.

La boyante inflación

No obstante, la velocidad del alza de precios se elevó por doquier y la tasa media de inflación en 23 países del subcontinente pasó del 56.2% en 1980 al 59.8% en 1981. Países con férreas y prolongadas políticas antinflacionarias de corte ortodoxo, como Argentina, vieron montar el ritmo inflacionario por arriba del 120%. También el índice brasileño sobrepasó el 100% y el flagelo inflacionario llegó a cobrar particular virulencia en naciones donde había sido tradicionalmente moderado. Costa Rica es el ejemplo más connotado de este último caso, pues la tasa de inflación casi se triplicó en el solo transcurso de 1981. México, por su parte, terminó el año con un crecimiento del índice de precios al consumidor del orden del 30%.

Sólo cuatro países de la región escaparon a las presiones alcistas generalizadas. Panamá, que exhibió la cifra más baja (5.6%) en 1981, después de una importante reducción del nivel alcanzado el año anterior (algo más del 14%). Igualmente, Venezuela, Chile y Uruguay registraron tendencias a la pérdida de velocidad del proceso inflacionario. En las dos últimas situaciones, no deber perderse de vista que durante cerca de ocho años se ha perseverado en la aplicación de una política

¿VOLUNTARIO?

“Rosario, Argentina, 16 de noviembre (AFP). El argentino Lucas ‘Mojarrita’ Aguero, de 54 años, batió hoy aquí su propio récord mundial de permanencia en el agua atado de pies y manos al estar 61 horas y 20 minutos en aguas del río Paraná, en el puerto de Rosario, a 400 kilómetros de Buenos Aires.”
El Día, México D F, 17 de noviembre de 1981.

cuyo objetivo primordial es la erradicación de los factores de inflación, y que para ello no se ha vacilado en mantener drásticos controles monetarios y crediticios, en favorecer el ingreso de mercancías importadas, así como en la aplicación de medidas recesivas de reducción del gasto público y de limitaciones rígidas impuestas al crecimiento de los salarios. La represión ha tenido el rol de interferir la actividad sindical, impedir la expresión de las reivindicaciones populares y, en fin, de sofocar las reacciones que este tipo de programas estabilizadores provoca en la población.

Pero es indispensable agregar otras consideraciones para juzgar estos últimos fenómenos en su verdadera significación. En primer término, debe recordarse que de ninguna manera los resultados de un año aislado son suficientes para apreciar las tendencias reales del proceso económico. Particularmente cuando, como ha sucedido con la inflación, determinada variable constituye el blanco de una acción resuelta y persistente. En muchas oportunidades, ese comportamiento suele ser la expresión de una diversidad de acontecimientos puramente transitorios y enteramente desvinculados de las medidas adoptadas. O, en todo caso, se trata de un hecho puramente ocasional dentro de un recorrido caracterizado por fluctuaciones. Así, por ejemplo, los precios de todos los bienes de consumo en la ciudad de Montevideo se incrementaron en 40% el año 1976, treparon al 57.3% en 1977, descendieron en el ritmo de crecimiento al 46% en 1978, para volver a elevar su tasa de alza al 83.1% el año posterior. A ello puede añadirse la constatación de que, en ciertas experiencias, el relativo aflojamiento en el paso inflacionario no se ha traducido en la efectiva rebaja de cifras que siguen manteniéndose en niveles elevados, del orden del 30% o más.

En segundo lugar, no cabe olvidar que los índices de evolución de los precios alcanzados en 1981 por Uruguay y muy señaladamente Chile, son el fruto de la honda contracción de la demanda interna, de la progresiva liberalización de bienes importados, de la fijación de tipos

de cambio que sobrevalúan la moneda local y, en especial, de una aguda recesión de las actividades productivas.

Retórica gubernamental

Son numerosas las evidencias sobre la incapacidad de las políticas estabilizadoras de inspiración monetarista, proclamadas por el FMI y tan popularizadas entre los gobiernos de América Latina, para lograr la eliminación de la patología inflacionaria, aun cuando se autoatribuyen explícitamente esta potencialidad. Lo que la aplicación estricta y rígida de sus recetas ha desatado en la práctica son otros efectos serios: destrucción parcial y recomposición del sistema productivo; grandes desequilibrios externos; abultada deuda con el resto del mundo; y, sin excepciones, fuerte desempleo. Por lo demás, el control severo de la masa monetaria con el fin de contrarrestar la inflación es a la vez, paradójicamente, una expresión y un factor que está induciendo prolongados incrementos en las tasas de interés, intensificación de las actividades especulativas y, en última instancia, dilatación en los costos financieros de las empresas elementos que coadyuvan a la aceleración de las tendencias alcistas de los precios.

La retórica gubernamental predominante en la región pretende desplazar toda la responsabilidad de las actuales condiciones críticas hacia la crisis mundial y las circunstancias externas como medio de encubrir sus propios y graves compromisos en la creación del actual cuadro.

Los argumentos oficiales inculpan el alza del precio de petróleo pero, sin desconocer la importancia del impacto de este hecho, no es admisible hacer descansar allí toda la explicación. Inclusive, en el último tiempo se aprecia una baja en las cotizaciones de los hidrocarburos y los diversos problemas económicos no sólo continúan presentes, sino que no se atenúan.

El sector externo


Una de las esferas en que las dificultades se han manifestado con mayor virulencia es en el sector externo. Allí convergen las repercusiones de

Una lucha sin tregua

Durante los días 24 a 28 de noviembre de 1981 se realizó en Caracas el II Congreso Latinoamericano de Familiares de Detenidos Desaparecidos, bajo la divisa: "hasta encontrarlos". Participaron 130 representantes de organizaciones de defensa de los 90 mil compañeros secuestrados por las dictaduras militares, así como de instituciones de defensa de los derechos humanos de países de Europa, Estados Unidos y Canadá. El evento constituyó la coronación de los esfuerzos desplegados a partir del I Congreso de Familiares de Desaparecidos, celebrado en San José en enero de 1981.

El II Congreso examinó esta dramática situación desde cinco puntos de vista: jurídico, teológico, médico-social, medios de comunicación y tareas de solidaridad. En sus sesiones se consideró la importancia que ha tenido el Grupo de Trabajo de las Naciones Unidas sobre desapariciones forzadas de presos políticos, aprobándose una resolución especial, por la que se reconoce la labor realizada por la organización mundial, se le insta a prorrogar el mandato del mencionado grupo y se le exhorta a iniciar una campaña internacional por la erradicación de aquellas prácticas criminales.

La más importante de las resoluciones, con todo, se refiere a la constitución de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Entre sus objetivos principales, destacan la aparición con vida y la libertad de estos compañeros, el esclarecimiento del destino dado a los niños secuestrados y a los nacidos en cárceles clandestinas, el enjuiciamiento de todos los responsables de estos crímenes, la solidaridad permanente con la lucha de los familiares y la aprobación de una convención internacional que establezca los instrumentos para erradicar esta flagrante violación de los derechos humanos.

Nuestra revista adhiere a las resoluciones del II Congreso Latinoamericano de Familiares de Detenidos Desaparecidos. CONVERGENCIA. 

distintos desequilibrios y estrangulamientos, entre los que hay que mencionar las pérdidas asociadas al deterioro de los términos de intercambio de los productos regionales. En el periodo 1978-1981, los precios de las exportaciones cayeron en 17% con relación a los precios de las importaciones provenientes de los países industrializados. Por otra parte, el ascenso en las tasas de interés torna aún más gravoso el endeudamiento externo al que se recurre para cubrir los déficits.

En esta materia, México constituye una buena muestra del punto al cual pueden llegar las contradicciones de la situación. Su economía, aunque con altibajos en los años más recientes, ha crecido de manera sostenida durante un lapso prolongado y con ritmo significativo, que al terminar 1981 fue del 8%. Además, cuenta con yacimientos petrolíferos importantes que se pensaba garantizarían la preservación del dinamismo, a pesar de las distorsiones del estilo de desarrollo seguido hasta ahora. Sin embargo, cerró el año último con signos cada vez más alarmantes: la inflación se encumbró al 30%; el saldo desfavorable en la cuenta corriente de la balanza de pagos sobrepasó los 11 mil millones de dólares; la deuda pública externa se encuentra alrededor de los 50 millones de dólares; y se agudizan restricciones que anuncian que la expansión será en adelante muy problemática.

Brasil, a su vez, ayuda a ilustrar otros aspectos del asunto. No obstante que las exportaciones estuvieron por debajo de las previsiones para 1981, logró un superávit en el balance comercial, pues las importaciones experimentaron una notable reducción debido especialmente a la caída en el nivel de actividad económica. Pero la evolución de la cuenta corriente con el exterior resultó seriamente desfavorable. La deuda externa alcanzó a 61,400 millones de dólares y se pronostica que, en 1982, superará los 70 mil millones de la misma moneda. En 1981, los pagos por intereses y principal absorbieron 16 mil millones de dólares, lo que representó más de dos tercios del valor de las exportaciones de mercancías.

La devaluación del cruzeiro en 35

oportunidades a lo largo de año, el deterioro en la marcha de la industria y, particularmente, en ramas claves como la automotriz, el desempleo que afecta a cerca de 11 millones de trabajadores y otras evidencias, confirman no sólo la transitoriedad sino también el costo de los supuestos "milagros económicos" a los que de tanto en tanto se hace publicidad en nuestra región.

Es necesario agregar algún antecedente complementario sobre los efectos dramáticos que provoca en Argentina el experimento iniciado hace ya más de cinco años. El colapso financiero es sólo uno de los ingredientes del estado de "desastre económico y social": los compromisos externos subieron de 12 mil a 35 mil millones de dólares, sólo entre 1978 y 1981; en una semana la cotización del dólar pasó de 5,200 a 7,500 pesos, y a finales del año ya estaba en más de 12 mil pesos; la especulación bancaria es intensa y las tasas de interés anual exceden del 100%; la desocupación cobró niveles inusitados y las quiebras de empresas se multiplicaron, incluyendo importantes bancos y complejos industriales.

Nicaragua, principios distintos

Nicaragua representa un esfuerzo por orientar el desarrollo económico y social de acuerdo con principios distintos a los predominantes en el subcontinente. El proceso revolucionario persigue construir una sociedad libre y democrática, que asegure el progreso material y cultural de las grandes mayorías del país. La campaña de alfabetización, las medidas destinadas a lograr una mejor distribución de los ingresos y expandir la capacidad productiva, junto con la eliminación definitiva de las prácticas de gestión de la economía que confundían el patrimonio del Estado con los intereses personales del tirano Somoza y sus allegados, forman parte de la política de saneamiento y reactivación económica.

Las tasas de crecimiento del 7 y 8% hablan de los resultados favorables obtenidos. Sin embargo, las condiciones de atraso de las cuales se parte y, en especial, la cantidad de re-

ursos que exige la reconstrucción, así como la estructuración de un sistema de defensa apropiado para enfrentar las abiertas amenazas internas y externas en contra del régimen, entorpecen la posibilidad de que tales frutos puedan volcarse plenamente al mejoramiento acelerado de las condiciones de vida de su pueblo.

El cuadro global de América Latina no puede considerarse, ni con mucho, auspicioso. No sorprenden, por lo tanto, las tribulaciones exteriorizadas por personeros de entidades económicas, acerca de las perspectivas. El presidente del BID, por ejemplo, acaba de afirmar que América Latina vive desde 1981 un estado de estancamiento económico y no se vislumbra una recuperación a corto plazo. Es más, "la proyección a los próximos años de las tendencias económicas a largo plazo de los países latinoamericanos, inclusive de los rubros principales de su balanza de pagos y el endeudamiento externo, sugieren en general que el déficit externo seguirá siendo un factor de estrangulamiento del desarrollo económico regional". Subrayó, en seguida, la preocupación por las tendencias de largo plazo en la producción agropecuaria en varias subregiones del área, principalmente México, Centroamérica, el Caribe y la zona andina, que para el año 2000 tendrían un déficit de entre el 15 y el 50% en la producción de cereales si persisten las tendencias presentes.

Sin grandes vuelcos

Las desapariciones en sendos accidentes aéreos de un jefe de Estado, el presidente Roldós del Ecuador, y de la figura clave de la política panameña, el general Omar Torrijos, no son acontecimientos que vayan a quedar exentos de todo efecto en las respectivas realidades nacionales, ni mucho menos. En el caso del país andino no tardaron en hacerse presente ciertos impactos en el proceso político interno y en aspectos de la conducción exterior. Con todo, en ambos países los sucesos posteriores siguieron derroteros previsibles y no configuraron condiciones muy diferentes de las predominantes con anterioridad.

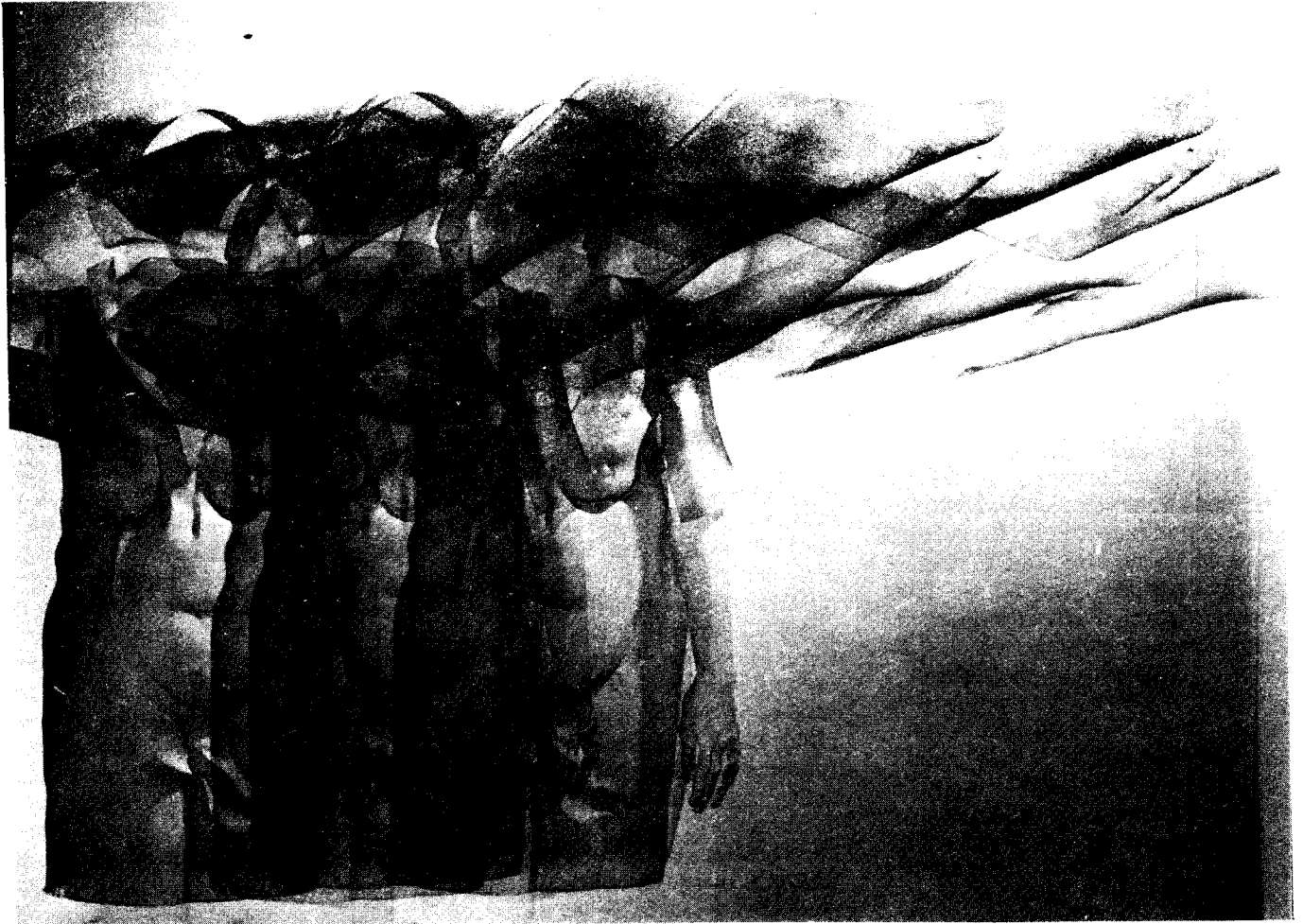
A su vez, el nuevo golpe de estado en Bolivia eliminó a García Meza de la cúpula gubernamental pero su sustitución por el general Torrelio no implicó ningún vuelco en el esquema de poder dominado por el militarismo. El recambio fue precipitado por una sublevación de un grupo de oficiales que estalló inicialmente fuera de la capital, y aparece como una maniobra ante el dramatismo de la situación económica, política e internacional boliviana, que

los sucesivos gobiernos controlados por las fuerzas armadas no han hecho más que agravar. Por otra parte, los cuerpos castrenses procuran encubrir la participación directa de muchos de sus cuadros superiores en el tráfico de cocaína, fenómeno que ha sido ampliamente denunciado dentro y fuera del país y del cual García Meza era uno de los más desembozados exponentes. Tal vez una de las consecuencias relevantes del cambio en el mando es la dismi-

nución de la injerencia argentina en la política local, que había llegado a ser demasiado ostensibles.

Argentina: de Videla...

Argentina, por su parte, vivió una intensa experiencia de reemplazos en la cabeza del gobierno. En marzo, conforme con el esquema establecido de rotación, ascendió a la presidencia Roberto Viola, por el período correspondiente de tres



años. Afectado por una repentina enfermedad, debió alejarse de sus funciones pocos meses más tarde; dió así ocasión para que emergieran diversos conflictos existentes en el seno del régimen y acabara por determinarse su remoción. El ministro del Interior, general Tomás Liendo, asumió el mando supremo de la nación en noviembre, con lo cual se abrió una etapa de deliberaciones y regateos que concluyó con el nombramiento del comandante en jefe del Ejército, Leopoldo Galtieri, pa-

ra entrar el plazo en la presidencia asignado a su antecesor. Todas estas maquinaciones se llevaron a cabo al interior del círculo exclusivo de las fuerzas armadas y de los estrechos grupos sociales en que se apoyan, ante la incredulidad de la inmensa mayoría de la población que permanecía totalmente ajena a tales evoluciones. Desde luego, ellas no estaban dirigidas a transformar en modo alguno la naturaleza de la draconiana dictadura institucional que mantienen los cuerpos militares,

aunque sí expresaron las graves disensiones y querellas internas que sacuden al bloque en el poder.

Las postrimerias del gobierno de Videla estuvieron, precisamente, marcadas por las evidencias de que la tiranía enfrentaba dificultades crecientes. Comprometida en un proyecto "refundacional" del país, que en lo económico estuvo conducido por el ministro Martínez de Hoz, y se inspiró en concepciones del "nenoliberalismo" obtuvo re-

sultados polarmente alejados de las promesas formuladas al momento de anunciar el programa, a comienzos de 1976. Los trabajadores, a través de la movilización sindical, y los amplios estratos de la sociedad empobrecidos y directamente golpeados por la política gubernamental, desafiaban la represión brutal destinada a controlarlos y utilizaban diferentes medios para luchar por sus aspiraciones e intereses. Pero el descontento abierto se extendió también a sectores que hasta entonces compartían las orientaciones de la dictadura. Los grandes empresarios nacionales y extranjeros, agrupados en la Unión Industrial Argentina (UIA), ya no tuvieron más reparos para hacer oír sus críticas públicas en contra de la dirección económica, y otro tanto sucedió con quienes estaban vinculados a las actividades agropecuarias de exportación; los empresarios pequeños y medianos venían expresando desde hacía tiempo su oposición al rumbo que tomaba la economía.

En ese cuadro, Viola actuó principalmente dominado por la preocupación de rearticular la dañada alianza social que había servido de base al gobierno militar. En el ámbito económico, fuera del inmediato alejamiento de Martínez de Hoz, procuró corregir aquellos desequilibrios más apremiantes —sector externo, intermediarios financieros y elevada deuda de la empresa— y procedió a la reestructuración administrativa del aparato de gestión económica, colocando además al frente de los nuevos ministerios a los representantes de los intereses industriales y agrarios de mayor importancia.

... a Galtieri

Asimismo, se debatieron intensamente otros elementos sustantivos de la política económica mantenida hasta entonces, como la creciente desprotección del mercado interno debida a las rebajadas arancelarias, que preocupaba en forma especial a algunas esferas empresariales. Pero la pugna con los sostenedores a ultranza de la apertura comercial y, en general, de la ortodoxia neoconservadora, impidieron la adopción de decisiones. En suma, las medidas

instrumentalizadas quedaron centradas en aspectos particulares —la política cambiaria, verbi gracia— y no llegaron a conformar un cuerpo definido y coherente de proposiciones. En cualquier caso, la evolución de la economía arrojó resultados aún más adversos durante 1981, hecho que sumado a las serias tensiones políticas hizo extremadamente crítica la situación del gobierno. Las cosas llegaron al punto que el general Onganía, quien encabezara uno de los regímenes militares habidos en los años sesenta, realizó declaraciones por las cuales reconocía “el agotamiento” del gobierno de las fuerzas armadas.

La asunción de Galtieri representa el predominio de la voluntad no sólo de reafirmar, sino de profundizar la dura e inflexible línea política y económica que animó a la dictadura desde el comienzo del denominado proceso de “reorganización nacional”. Una de las primeras disposiciones fue el congelamiento de los salarios del sector público, incluyendo el salario mínimo no imponible, por un plazo indeterminado, y se anunció el propósito de reducir drásticamente el gasto público, así como el número de empresas públicas. Por otra parte, a pesar de el grave deterioro de la posición de los militares —o, precisamente, debido a ello—, parece buscarse con desesperación un accionar externo que recapture ciertas bases de apoyo y reanime su gestión. La agitación del problema de las islas Malvinas y de la posibilidad de recuperarlas por la fuerza, así como la ayuda abierta a la Junta de El Salvador y el ofrecimiento para integrar una fuerza interamericana de intervención en ese país, forman parte de los esfuerzos en el sentido mencionado. No debe omitirse, tampoco, el viraje observado en las relaciones argentino-brasileñas, tradicionalmente dominadas por el recelo y la competencia, que buscan áreas de aproximación, entre las cuales sobresale la perspectiva de colaboración en el desarrollo del potencial nuclear. Son evidentes los alcances que tendrá sobre toda la zona la previsible obtención de armas nucleares por parte de regímenes como el argentino, a la vez que esta obsesión de los ejércitos latinoamericanos, unida a los comportamientos

que mantienen, permite formarse una visión más precisa de los valores que los inspiran.

Finalmente, cabría hacer mención a los progresos registrados en los intentos de los sectores opositores por unificar fuerzas en la lucha contra la dictadura y la constitución de la llamada Multipartidaria, compuesta por diversas organizaciones. Entre tanto, la acumulación de dificultades no ha impedido a los militares expresar su intención de continuar en el poder hasta encontrar una solución institucional que les dé garantías —entre otros problemas, por la responsabilidad en el asesinato y desaparición de miles y miles de argentinos— y que, en todo caso, ninguna “apertura” podría producirse antes de 1984.

Otros cambios

El autoritarismo en Uruguay también experimentó el reemplazo de su jerarquía máxima, a raíz del nombramiento del general Gregorio Alvarez en lugar de Aparicio Méndez. El quehacer del gobierno militar ha estado fundamentalmente dominado por la preocupación de encontrar una respuesta a las condiciones en que lo dejó el plebiscito efectuado en diciembre de 1980. Concebida esta consulta popular como expediente para encubrir la perpetuación de la dictadura con cierta apariencia de legalidad, culminó con el conocido desenlace contrario: el 80% de los sufragios rechazó la propuesta oficial. Desde entonces, los militares han intentado aproximarse a algunas antiguas figuras pertenecientes a los dos grandes partidos políticos tradicionales —Blancos y Colorados— a fin de encontrar con ellos una fórmula que les permita continuar en el poder al general Alvarez y las fuerzas armadas, con la imagen de respaldo otorgado por la combinación cívico-militar. Para estos propósitos, el gobierno ofreció el “cronograma” que, después de un prolongado proceso, se supone conduciría al restablecimiento restringido de las reglas democráticas. Este plan prevee la ilegalización definitiva no sólo de las formaciones partidarias de izquierda, sino también de otras organizaciones que formaron parte del Frente Amplio —la democracia cristiana— y se extiende hasta

sectores del Partido Blanco. En realidad, no persigue más que la institucionalización del régimen actual, cuestionado por la inmensa mayoría de la población y el desgaste que provocan la corrupción y las pugnas internas en los institutos castrenses; aún no logra obtener ningún respaldo significativo.

Honduras cierra la nómina de países latinoamericanos que se vieron abocados a cambio de gobernante en 1981. Situada en el área donde las tensiones alcanzan su punto álgido, esta pequeña nación vive un proceso que a partir del nombramiento de la Asamblea Constituyente, debe seguir también su propio cronograma hasta la elección del presidente de la República. Impulsada, regulada y controlada de cerca por EE UU la experiencia ha logrado circunscribir las posibilidades de triunfo electoral a las organizaciones y candidatos de extrema derecha y que ostentan una trayectoria de probada lealtad hacia las directrices estadounidenses.

La serie de modificaciones producidas en las cabezas de los regímenes autoritarios mencionados, ponen en evidencia que a pesar del poder militar en el que se asientan y de la estricta represión impuesta a la sociedad, surgen en su seno contradicciones de intereses, discrepancias de posiciones o, lisa y llanamente, disputas personales por el mando, generadoras de inestabilidades y problemas que se intentan resolver a través del solo cambio de personas y grupos, pero no del sistema dictatorial mismo. Entre tanto, las graves deficiencias y los desajustes en el cuerpo económico constituidos en el pretexto de la instauración de las dictaduras, lejos de atenuarse, se agudizan y multiplican. Se han configurado así en los diversos países situaciones altamente críticas en los planos económicos, social y político.

Factor de continuidad

Sin embargo, 1981 puede ser presentado también como el año en que la continuidad de los gobiernos autoritarios fue reforzada por la nueva política para América Latina puesta en vigor desde la Casa Blanca por Reagan. Se alivian todas las tensiones y se busca el acercamiento con

Bolivia, 30 años después

Carlos Toranzo

Hay hechos que marcan la vida de las naciones. Abril de 1952, la *revolución nacional* producida hace treinta años, es un fenómeno que deja sus huellas imborrables en el desarrollo de la política boliviana de los últimos tiempos. Tanto es así que el discurso del nacionalismo revolucionario posee aún un gran campo de acción en las agrupaciones de la izquierda y, asimismo, el partido líder de aquel evento revolucionario, a pesar de sus múltiples divisiones y resquebrajamientos, tiene todavía presencia en gruesos sectores del movimiento popular. Esta evidencia empuja a determinados núcleos políticos a plantear la necesidad de recapturar las banderas de abril e intentar la construcción de retoños partidarios del nacionalismo revolucionario, en un intento dirigido a lograr la conjunción de las clases oprimidas que posibilite el cambio social.

No se debe olvidar que para la historia del capitalismo de América Latina transcurrida hasta 1952, el levantamiento victorioso del pueblo en armas es un hecho casi inédito. Es la demostración de la posibilidad de unificación de los explotados en un frente común contra el Estado, la certeza de que es factible la destrucción del aparato armado estatal; pues el resultado de la contienda bélica entre los militares y las fuerzas populares se volcó en favor de estas últimas, dando lugar al desmantelamiento del ejército y su sustitución por milicias obreras y campesinas. Este hecho práctico se incorpora de manera acumulativa en la conciencia de los explotados, dotándolos de la seguridad de comprender a las Fuerzas Armadas no como un recinto inexpugnable e indestructible, sino como una institución vulnerable y posible de fracturar cuando están dadas determinadas condiciones de lucha política. Sin embargo, el proceso acontecido desde 1952 hasta el presente permite captar con toda

claridad que no basta la destrucción física del aparato armado estatal para poder hablar de la defunción del Estado burgués. Bajo determinadas circunstancias concretas, como las sucedidas en Bolivia, es susceptible la reconstitución del ejército destruido, la modernización del Estado y, por tanto, la profundización de su función burguesa.

La realidad boliviana, a treinta años de tránsito por la experiencia más radical de nacionalismo revolucionario que haya vivido América Latina, representa una respuesta drástica sobre las posibilidades y limitaciones de los proyectos fundados en la dirección de las "burguesías nacionales" (el problema mismo de su existencia es cada vez más discutido en ciertos contextos nacionales). La construcción de un capitalismo nacional autónomo, con fuertes signos populares y redistributivos ha quedado en entredicho; la liberación nacional y la ruptura de la dependencia no son objetivos alcanzados a través del profundo camino nacionalista revolucionario agresivo de los años de la efervescencia popular, menos aún son factibles de alcanzar hoy cuando tal proyecto está relativamente adormilado y falto de agresividad. El pasaje hacia una sociedad de hombres libremente asociados que destierre el trabajo asalariado, no es perceptible por este camino. Con justa razón, emanada de la experiencia práctica de una vida salpicada de fracasos y mutilaciones en el contexto del nacionalismo revolucionario, los sectores más conscientes del proletariado y de las clases explotadas dudan de tal proyecto ratificante de la sociedad burguesa y encaminan su mirada y acción hacia una diferente opción: el socialismo. No se trata de la simple exposición de sus teóricos o dirigentes de avanzada. Se trata más bien de una respuesta práctica fundada en su experiencia de lucha y, claro está, en la asimilación teórica de la misma. ❧



las dictaduras de Argentina, Uruguay y Chile, no obstante su brutalidad y total descrédito mundial. Se llega al límite de enviar como mensajera privilegiada a la embajadora de EE UU en Naciones Unidas, Jeanne Kirkpatrick, quién declara el entusiasta respaldo a Pinochet, no obstante la actitud asumida por éste ante la solicitud de extradición de los oficiales del ejército chileno que asesinaron en la propia capital estadounidense a Orlando Letelier y a una ciudadana de ese país, Ronni Moffit. Casi inmediatamente después, la dictadura chilena expulsó

del territorio nacional a cuatro destacados dirigentes opositores, incluido el demócratacristiano presidente de la Comisión de Derechos Humanos.

Igualmente, el general Vernon Walters ha desempeñado el papel de negociador especial con las fuerzas armadas que oprimen a gran parte de los pueblos latinoamericanos, tarea en la cual aprovecha sus vinculaciones y conocimientos adquiridos cuando era subdirector de la CIA. En tal misión visitó Guatemala, Honduras, El Salvador y, entre otros países, Argentina, donde planteó la

búsqueda de una base de entendimiento compuesta de ocho puntos, que consultaban el compromiso de la dictadura de no interferir la actuación estadounidense en Bolivia, la necesidad de abstenerse de cualquier acto de provocación frontal contra Chile, la revisión de los acuerdos comerciales con la URSS y demás naciones del Este, así como la incorporación de tropas argentinas a la intervención en El Salvador. El gobierno estadounidense asumió así una función abierta en la preservación de las dictaduras de nuestro subcontinente e impuso el apaciguamiento de las querellas que las pudieren enfrentar y la complementación de esfuerzos requerida para la realización de su política exterior.

El garrote de Reagan

El objetivo proclamado de la estrategia estadounidense es el restablecimiento de su cuestionada hegemonía sobre el sistema capitalista mundial y la adopción del papel de gendarme internacional, encargado de contener los avances de las luchas populares en América Latina, África y Asia. Para ello, anunció formalmente el desconocimiento de toda consideración relativa a la defensa de los derechos humanos y a cualquier factor que pudiese enturbiar las relaciones con sus aliados incondicionales.

Son conocidos los impactos que esas formulaciones han tenido para la región y, particularmente, en América Central y el Caribe, erigidos en símbolos de la resuelta voluntad agresiva norteamericana. A muy poco andar, la administración Reagan emprendió una ofensiva diplomática, política y con elementos de clara amenaza militar en contra de Cuba, que incluyó las provocadoras operaciones navales de desembarco simulado en Guantánamo. Asimismo, son de conocimiento público los ataques dirigidos a la revolución sandinista y las maniobras tendientes a lograr su desestabilización: negativa del crédito solicitado por el gobierno nicaragüense; reorganización y financiamiento de las tropas de la exGuardia somocista; apoyo de las incursiones que efectúan bandas armadas en contra de poblados en Nicaragua desde bases hondureñas; adiestramiento de cuerpos para

militares en territorio estadounidense.

Durante 1981, el gobierno de EEUU se involucró de forma directa en el conflicto interno de El Salvador, hecho que hizo renacer en la opinión pública de ese país el fantasma de la guerra de Vietnam. Por lo menos la escalada tomó un curso similar: entrega de armas y equipo bélico; preparación de tropas; envió de supuestos asesores militares que los propios medios periodísticos han demostrado que participan con armas en la mano en los escenarios de la lucha. La ayuda suministrada en todos los renglones a la Junta Militar ha sido amplia, aunque las esperanzas políticas se encuentran depositadas en la carta de la democracia cristiana y de José N. Duarte, que se espera triunfen en las elecciones previstas; apuesta sumamente dudosa, dada la fuerza que en el contexto deben cobrar los sectores más reaccionarios y fascistas.

Pruebas falsas y excesos

Las energías volcadas por los gobernantes estadounidenses en este conflicto no se han restringido a la esfera militar, pues para lograr el respaldo de sus aliados europeos organizaron toda una campaña destinada a convencerlos de la intervención soviética y cubana en favor de la guerrilla salvadoreña. Las pruebas y documentos con que se pretendió fundamentar los alegatos no tardaron en revelarse poco dignas de crédito.

Es de innegable importancia la posición definida por la socialdemocracia europea sobre la problemática centroamericana. Colaboró al triunfo de la lucha antisomocista y, luego, ha debilitado los intentos de aislar a la revolución nicaragüense. En el caso salvadoreño, propicia el diseño de una salida política que contemple la participación de todas las partes en pugna. En igual sentido, debe destacarse el significado de la Declaración suscrita por los gobiernos de México y Francia, que representó el ánimo de mantener una actitud independiente y constructiva ante el problema del pueblo de El Salvador, negando el sometimiento a los designios estadounidenses.

Guatemala, dentro de la misma subregión, ilustra los excesos a los

Bolivia: salvar la patria

José Antonio Quiroga

Cada vez que la dictadura aprueba un "paquete" de medidas económicas el pueblo boliviano debe escuchar la conocida retórica de la salvación nacional y los sacrificios compartidos. Estando la existencia misma de la patria amenazada por el caos y la anarquía, el gobierno emprende con generoso desprendimiento el reordenamiento de la economía a fin de que "también" los trabajadores del campo y la ciudad contribuyan con su esforzado trabajo a pagar las cuentas de la dependencia y el despilfarro empresarial-militar. La austeridad debe ser acompañada por el silencio: a los sindicatos se les pide paciencia y comprensión; a los políticos, renunciamiento a sus sectarios y mezquinos intereses.

Pero la administración de las crisis exige previamente una adecuada administración de las culpas. Entre la muchedumbre de los ex presidentes castrenses se busca a uno que expie la responsabilidad de la "institución tutelar de la patria". Sobre su persona, y no sobre la clase en cuya representación ejerce el poder político, recaen todas las culpas. Y junto a la suya aparece la responsabilidad de todo el pueblo boliviano: el albañil menor de veinte años es tan responsable como el ministro de Finanzas o el gerente de la empresa estatal del petróleo, porque ocurre que ahora "gastamos más de lo que producimos". Por ello, el sacrificio que se impone a sí mismo el gobierno castrense debe hacerse extensivo a los sectores de la sociedad más afectados por los correctivos económicos, en un último esfuerzo de salvación patriótica.

En un lenguaje parecido, los partidos burgueses que se oponen a la dictadura inician su propia cruzada de salvación nacional. Advierten al gobierno sobre el riesgo que significa excluirlos del ejercicio del poder y llaman a las fuerzas políticas, a las instituciones cívicas, a los empresarios y militares patriotas, a conformar un solo frente para el restableci-

miento de una democracia que asegure a las fracciones burguesas en pugna mejores condiciones para afrontar la crisis. En su prédica, el imperialismo aparece como una invención de las ideologías "extranjeras", la oligarquía se convierte en una sociedad de beneficencia y el descalabro económico en un error técnico de administración.

Todo lo anterior es comprensible. Pero cuando son los partidos representativos del movimiento obrero y popular los que comienzan a emplear la misma retórica salvadora; cuando en nombre de los *altos intereses de la patria* se exige la unidad de todos los bolivianos sin distinción de clases o de ideologías; cuando se renuncia a los postulados que recibieron el respaldo de los trabajadores para habilitarse como fuerzas con las cuales la clase dominante puede negociar una administración compartida de la crisis; cuando, en fin, se elige como interlocutores de la propuesta salvadora a los mismos que saquearon la economía nacional y popular; cuando todo esto ocurre, es necesario preguntar qué sucede con la izquierda boliviana.

Y nos referimos no a un partido, sino a un frente que recibió un respaldo mayoritario en la frustrada apertura democrática y que lejos de darle una proyección revolucionaria a su triunfo electoral, se contenta hoy con pedir una cuarta vuelta electoral, previa conformación de un acuerdo salvador tan amplio que incluyese a todos los bolivianos con la sola excepción de la persona del dictador y una que otra organización de extrema derecha.

No es ciertamente la patria la que está en peligro cuando se habla de salvarla, sino una clase que basa su predominio en la explotación económica y en la represión política. La salvación nacional se confunde con la defensa de un inequitativo orden social que comienza a hacer agua por todos lados y en cuyo derrumbe es probable que arrastre a todos los salvadores de la hora presente. ❧

que pueden arribar el extremismo represivo militar y el terrorismo como instrumentos políticos de gobierno, dirigidos a sofocar las reivindicaciones democráticas de un pueblo que se debate en el rezago, la explotación y la discriminación más aberrantes. Las fuerzas armadas y las organizaciones paramilitares de derecha están desarrollando una verdadera campaña de exterminio masivo de todos aquellos que son estimados partidarios de la libertad, el progreso y la justicia. Todo indica que éste será uno de los puntos donde la lucha política adquiera especial dureza en el futuro próximo.

Brasil: rumbo contradictorio...

Párrafo aparte ameritan los principales acontecimientos registrados en Brasil. El esquema de poder dominado durante largo tiempo por los militares, sin contrapeso, sigue en los últimos años sus rumbos propios y contradictorios. 1981 dio lugar a sucesos inquietantes y difíciles de evaluar en sus proyecciones futuras, dentro de la senda de apertura impulsada por el régimen. Los serios problemas económicos se han visto acompañados de frecuentes y activas movilizaciones sindicales, particularmente en la zona industrial paulista, intranquilidad campesina y un cuadro político mayoritario adverso al gobierno. Para abrir paso a la relativa democratización, las autoridades tuvieron el cuidado de liquidar el sistema bipartidista oficialmente autorizado e incentivaron la estructuración del movimiento opositor en diferentes organizaciones partidarias. Y cuando el accionar contestario adquiere demasiada agresividad, se ha recurrido a las medidas represivas, como sucedió con el dirigente sindical "Lula".

El país sufrió un sobresalto a raíz del ataque cardíaco que mantuvo alejados de sus tareas al jefe de Estado, Figueiredo, quien aparece como el animador del proceso de lenta pero sostenida apertura política. El quebranto en su salud no impidió al presidente reasumir el cargo, una vez superada la crisis, siendo reemplazada durante ese tiempo por Aureliano Chávez, hombre de reconocida lealtad a Figueiredo y que tuvo

el privilegio de ser el primer jefe de gobierno civil desde 1964.

Poco antes, el 10. de agosto, se había producido la renuncia del general Golbery de Couto y Silva, ideólogo indiscutido del régimen militar a partir de su instalación. El viejo estratega había sido el principal inspirador de las nuevas orientaciones del gobierno, y abandonó como "aperturista" el mismo sistema político que contribuyó a establecer como "autoritario defensor de la seguridad nacional" diecisiete años atrás. Su eclipse obedeció al creciente distanciamiento de la administración brasileña respecto de tópicos diversos: pasos en la "democratización", ritmo del programa nuclear, control de las empresas estatales y otros. El retiro fue atribuido al robustecimiento de las corrientes más "integristas" y nacionalistas que miran con mucha desconfianza el relajamiento del autoritarismo. En realidad, la extrema derecha despliega esfuerzos tendientes a retrasar y frenar el proceso de apertura, para lo cual recurre hasta al terrorismo, preocupada por las fuerzas que ganan las organizaciones opositoras.

... al equilibrio precario

Resulta precario y complejo el equilibrio que se intenta lograr entre las aspiraciones democráticas, evidentemente mayoritarias, la potencialidad explosiva de los problemas sociales y las exigencias de orden emanadas de los estratos dominantes y de segmentos de las fuerzas armadas.

El programa gubernamental incluye la designación de los miembros del Congreso y de los gobernadores de los Estados a través de elección popular. De entre ellos, a su vez, surgirían los componentes del Colegio Electoral que debería nominar al sucesor del actual primer mandatario en 1984. Que el presidente de Brasil ya no surja, al menos directamente, de las resoluciones del estado mayor conjunto de los institutos castrenses pasaría a ser un fenómeno poco común dentro del espectro de regímenes semejantes en América Latina. Es claro, sin embargo, que el sendero está preñado de amenazas y presiones susceptibles de clausurar abruptamente el desarrollo del proceso. Cabe añadir

que, en el plano de la política externa, Brasil perservera en su empeño de observar una línea de independencia frente a los requerimientos de Estados Unidos, como se manifestó, entre otros aspectos, en la negativa a participar en el proyecto de injerencias militar en El Salvador.

Tres acontecimientos

Por último, en lo concerniente a las relaciones internacionales de la región, habría que referirse a tres acontecimientos destacados ocurridos en 1981.

A comienzos del año, el 28 de enero, se desató un conflicto bélico entre Perú y Ecuador, motivado por antiguas disputas fronterizas y que en esta oportunidad arrancó de mutuas acusaciones de invasión territorial. Afortunadamente, se logró el cese del fuego sólo cinco días más tarde.

Belize nació como nuevo Estado independiente, al proclamar su independencia de Gran Bretaña, con lo cual se puso fin a la controversia provocada por las aspiraciones guatemaltecas, que en un momento llegaron a plantear el peligro de una intervención armada.

En octubre, el balneario mexicano de Cancún fue sede de un nuevo episodio del Diálogo Norte-Sur, sostenido por los jefes de Estados de un grupo de países pertenecientes a ambos hemisferios, que no pudo superar los muy pobres resultados obtenidos hasta ahora en este campo.

Una lucha incansable

Así pues, mirada a grandes trazos, la realidad latinoamericana enfrenta un cúmulo de problemas, tensiones y perspectivas poco auspiciosas. Sus efectos adversos repercuten directa y dolorosamente sobre la mayoría de los pueblos que habitan nuestra región y que, por encima de medios empleados para contenerlos, mantienen una lucha incansable y valerosa por mejorar su destino. Triunfos como el nicaragüense proporcionan estímulos renovados y alientan la acción por la democracia, la libertad y la profunda transformación social. Promover la articulación de las fuerzas sociales mayoritarias y de las organizaciones populares del subcontinente tras esas aspiraciones, es el imperativo. 